La invasión

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Lucas Nine

loqueleo

Al tomar el Camino Real los rayos del amanecer le dieron de lleno en los ojos. El paso de los carros había marcado profundas huellas y los cascos del caballo se hundían con ruidos de ventosa. Fue ese el primer momento de sol en aquellos cuatro o cinco días de llovizna.

En los caminos de acceso, el chico había visto desplazamientos de tropas y preparativos, pero aun así al entrar a la ciudad lo sorprendió la actividad: gente que emplazaba piezas de artillería, grupos que armaban trincheras, familias enteras que acarreaban piedras hacia las azoteas, y gritos, órdenes y movimiento.

En una esquina lo detuvieron unos hombres que intentaban mover un obús atascado en el barro. Hacían palanca con una vara de carro, pero las enormes ruedas de carreta sobre la que estaba montada la pieza se movían un poco y enseguida volvían al pozo. El que comandaba al grupo le

pidió que ayudara con su caballo y sin esperar a que él respondiera, pasó una soga por el pecho del animal y ató el otro extremo al cañón. Después se sacó el cinturón y le dio un latigazo al animal con tanta fuerza que el chico, que seguía montado, casi sale despedido.

Cuando el obús quedó sobre la plataforma de piedras donde querían ponerlo, le agradecieron. El chico revisó el cuello del caballo y se quedó tranquilo al ver que la soga le había dejado una marca pero no lo había lastimado. Ese caballo estaba entre lo que más quería en el mundo.

El tipo le agradeció y él aprovechó para preguntarle si sabía dónde estaba su padre. Tuvo que dar una larga explicación acerca de cómo se llamaba, a qué se dedicaba y cuáles eran sus rasgos físicos para que el otro simplemente negara con la cabeza. Los demás se interesaron, así que tuvo que repetir todo varias veces.

Había tres que conocían a su padre. A uno, dueño de un almacén, le había vendido cueros; a otro le había traído "cosas" del puerto; el último lo conocía de las riñas de gallos. Sonreían al recordarlo. Tal vez porque "cosas" quería decir contrabando, o simplemente porque a su padre le gustaban las bromas, inventaba historias de ánimas y aparecidos, y nadie exageraba como él: contando la

pesca de un triste bagrecito los oyentes creían presenciar la caza de una ballena.

Pero ninguno lo había visto en los últimos días.

—En el fuerte han de saber —le dijeron.

Era lo que le había dicho la madre: que fuera directamente al fuerte. Siguió por la Calle de las Torres y llegó a la Plaza Mayor.

Atravesó la plaza, rodeó la recova, salió al fuerte y bordeó el foso hasta el puente levadizo. Un guardia le salió al paso en el mismo momento en que dos jinetes lo atravesaban a todo galope provocando corridas entre la gente, que saltó alarmada hacia los costados.

Sin bajarse del caballo habló con el guardia. Le dijo que su padre era Gabriel García, carretero y voluntario de los húsares. Que él era su hijo, que hacía varios días que desconocían su paradero, que su madre estaba preocupada, que lo había mandado temprano a averiguar, de nuevo que él era su hijo. Mientras lo decía, pensó que estaba hablando demasiado. Cuando le ocurría eso de dar vueltas y repetir, sin terminar de decir lo que

quería, se veía como un niño que todavía no sabe conducirse.

El soldado le hizo una seña para que pasara. Agregó "allá", indicando una caseta iluminada en medio de una oscura galería.

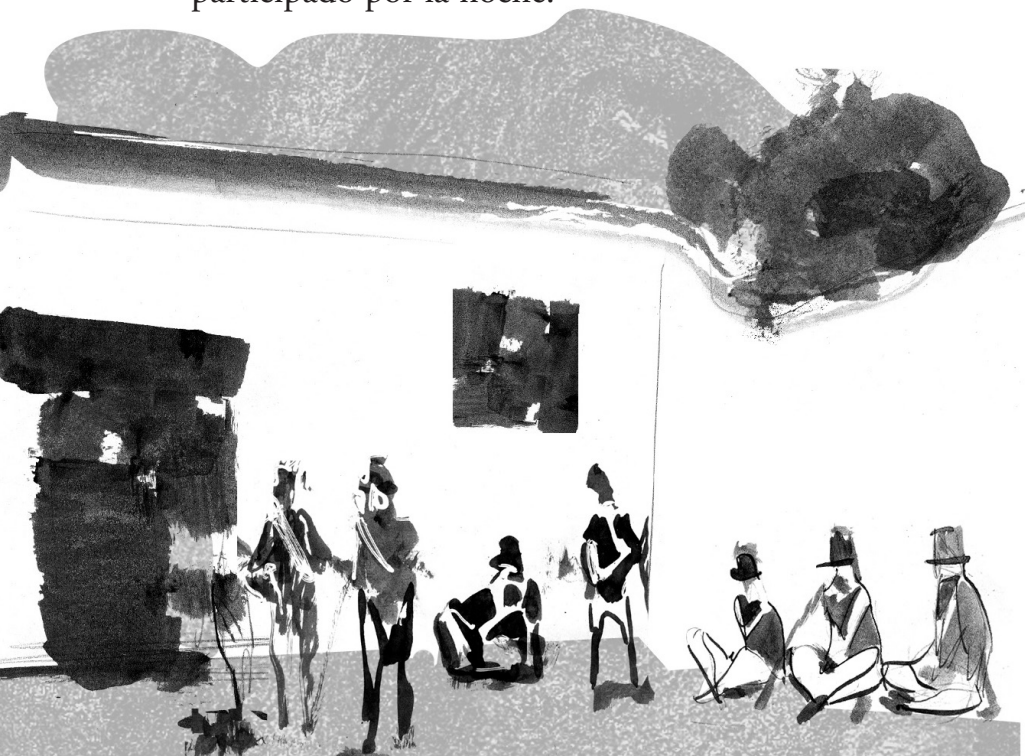
"Yo hablo de más y este habla de menos", se dijo. Ató al caballo en el palenque cercano al guardia y entró.

No era la primera vez que estaba en ese sitio pero siempre lo miraba con interés. De chico había armado réplicas del fuerte en el patio de su casa. Jugaba a que los españoles, representados por palitos pintados de blanco, soportaban el ataque del ejército enemigo compuesto por más palitos pintados de rojo, que a veces eran indios, en algunas oportunidades piratas y en otras ingleses. Para hacer el fuerte armaba un gran cuadrado de piedras. Con esas piedras tropezaba su padre a la noche, al regresar de la pulpería y eso lo hacía maldecir, y provocar la alarma que en segundos se transmitía de perro en perro hasta abarcar una legua a la redonda.

Muchas veces había pensado mal de su padre. También lo había admirado. ¿Qué detestaba? Que maltratara a su madre. Que volviera tarde y tomado. Que a veces desapareciera por semanas sin que en la casa supieran dónde andaba. Que hiciera cosas como cantar o bailar, que a él lo avergonzaban. Que fuera

pobre. Que fuera medio loco. Que a veces anduviera sucio. Que fuera gritón.

En el centro de aquel enorme espacio había una formación de varios centenares de soldados, separados por grupos con distintos uniformes. Tenían las armas apoyadas en el suelo pero parecían prestos a marchar. Debajo de una de las galerías unos doscientos permanecían sentados en el piso, algunos limpiaban sus armas y otros simplemente se mantenían con la espalda apoyada en la pared y los ojos cerrados, como si estuvieran reponiéndose de alguna acción en la que habían participado por la noche.



La puerta doble de la caseta estaba abierta de par en par. Adentro, un hombre calvo con uniforme militar hablaba con otros dos civiles alrededor de una mesa cubierta por un mapa. El calvo parecía furioso y acalorado, perlitas de sudor le brotaban de la frente y cada tanto arremetía con su dedo índice sobre el mapa, con golpes tan enérgicos que parecía que en cualquier momento se lo quebraría.

¿Qué cosas admiraba de su padre? Que supiera arreglar cualquier cosa, que fuera amigo de un esclavo, que fuera loco, que fuera divertido. ¿Nada más? Bueno, que fuera capaz de trabajar durante días para hacerle un juguete de madera, que hubiera hecho de todo para mandarlo a la escuela del rey, que le hubiera regalado un caballo. No todos los que iban a la escuela tenían caballo. Que supiera tantas cosas.

De pronto se escuchó un redoble de tambor y los soldados formados comenzaron a marchar de a seis en fila. Cuando desaparecieron por el puente y giraron en dirección al Retiro, él se acercó más al despacho de los oficiales.

Entonces sí el calvo reparó en su presencia e interrumpió lo que estaba diciendo. Lo miró de arriba

abajo y tras un segundo de vacilación salió del despacho con expresión de enojo, como dispuesto a azotarlo por quedarse escuchando.

—¡Vengo a averiguar por mi padre! —lo atajó él.

—¿Quién es su padre?

El chico le explicó. Otra vez habló demasiado. Tres veces dijo que su madre estaba preocupada. Dos, que su padre tenía una carreta. Tres, que era de los húsares. El calvo se impacientó.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y seis, me parece.

—Me refiero a usted.

—¡Trece! ¡Quince!

—¿Trece o quince?

—Bueno, ya cumplí catorce, pero me acostumbré a decir trece, y como pronto tendré quince... ¿quiere alistarme?

—¡Basta!

Exasperado por el palabrerío, el calvo lo miró de arriba abajo, midiendo si servía o no para ser incorporado en algún regimiento. Había uno de niños, pero era sólo para las fiestas. Una tontería. En la escuela se burlaban de esos soldaditos. Para los regimientos de verdad la disposición del Cabildo decía que podían incorporarse

los mayores de catorce, aunque con los ingleses amenazando a cuadras del fuerte, las reglas no importaban tanto, así que él mantenía alguna esperanza.

—¿Hijo único?

—Sí.

—Entonces no. Si le ha pasado algo a tu padre, tendrás bastante con hacerte cargo de tu madre —resolvió, ahora tuteándolo—. Los húsares están en la plaza de toros. Ve a fijarte ahí.

—¡Qué importa la edad! ¡Tengo catorce, parezco de quince, puedo pelear como uno de dieciséis! ¡Soy un hombre!

—¡Fuera de aquí! ¡Tienes trece! O doce, quizá ni siquiera...

El calvo se volvió hacia el despacho pero algo lo detuvo en la puerta:

—¡Momento! —gritó.

Benicio seguía allí.

—Antes ve a fijarte del otro lado, en el patio de maniobras.